

VERSO 8.

*Ven del Líbano, Esposa mía;
ven del Líbano, ven:
serás coronada de la cima de Amana,
de la cumbre de Sanir y de Hermón,
de las cuevas de los leones,
de los montes de los leopardos.*

En este verso entienden los Santos Padres el llamamiento de los Apóstoles de la Judea, significada por estos tres montes; ó el llamamiento de la Iglesia del seno del paganismo y de la idolatría, cuevas de viciòs y de pasiones significados por las fieras; y también el llamamiento del alma pecadora para salir de las cavernas de los vicios á la práctica de la fe, esperanza y caridad, significadas por los tres llamados que aquí se le hacen. Mas hablando de la Santísima Virgen, nuestra muy amada Madre, propondremos tres inteligencias, que si bien no se hallan expresamente en los doctores, no

por eso aparecen menos fundadas en el texto. Y sea la primera:

El primer *ven* es el llamamiento que Dios hizo á María, llamándola á la existencia. Para lo cual es de saber, que todos los hombres descendientes de Adán, al llegar al ser humano, venían de las cuevas de los demonios y de los hombres pecadores, como manchados del pecado original que los sujetaba á los primeros y los ponía entre los segundos. Mas la Virgen Santísima, á quien Dios quiso liberrar de ese pecado, aunque venía, según la carne, de Adán pecador, fué llamada del Líbano, que significa, dice San Jerónimo, blanqueo ó blanqueamiento; porque la gracia la iluminó y emblanqueció y la hermoseó sobre toda expresión; y así al decirle *ven* del Líbano, Esposa mía, es como expresar: ven de la blancura y pureza de tu Concepción, á vivir una vida inmaculada y á ser coronada de los montes del Amana, que significa la fe; y del Sanir, que significa el camino de las antorchas; y del Hermón, que indica, cubierto de rocío; porque tú serás la que prestes fe á los más profundos

misterios, y tu camino será alumbrado por las antorchas de las gracias y virtudes, y el rocío de los cielos te cubrirá en fausto día; y triunfarás de los leones y leopardos, bestias infernales, crueles é insidiosas. El segundo *ven*, es cuando la Santísima Virgen fué llamada á la divina maternidad; entonces el Hijo, Verbo eterno del Eterno Padre, la llama dulcemente á ser Madre suya; y con este fin le manda un embajador de la corte celestial que la saluda con altísimas palabras, y le propone el objeto de su misión, y responde á sus dudas, y escucha alborozado las palabras de su aceptación. Y primero la llama Dios del Líbano, y después la llama de su humildad á su elevación, porque desde el Líbano de su Inmaculada Concepción la iba disponiendo para la concepción del Verbo; y por eso dice la Iglesia: «¡Oh Dios, que por la inmaculada Concepción de la bienaventurada Virgen María preparaste á tu Hijo una digna morada!, etc.» Y en otra oración, que se reza muy frecuentemente, dice también: «¡Oh Dios omnipotente y sempiterno, que cooperando el Espíri-

tu Santo, preparaste el cuerpo y el alma de la gloriosa María Virgen y Madre, para que mereciese hacerse digna morada de tu Hijo!, etc.» Así llamada primero á su limpia Concepción con que empezó la preparación de su alma y cuerpo, mereció ser llamada otra vez para ser Madre sin dejar de ser virgen, esperando el último llamamiento. En este se le dice: *ven que serás coronada*, y este sí lo aplican los santos y doctores á su gloriosa Asunción. La Virgen santísima, fué, pues, llamada del Líbano de su vida candidísima, y de los otros tres montes, que pueden significar la compañía de los hombres pecadores, entre los cuales vivía, para dejar este mundo y subir á Jesucristo en los cielos, para ser coronada con la triple aureola de la virginidad, del doctorado y del martirio. Finalmente, los tres *ven*, pueden entenderse todos de este último llamamiento, hecho por las tres Personas de la Beatísima Trinidad: «Ven del Líbano de tu purísima vida, le dice el eterno Padre, para coronarte con una corona de poder, y establecerte Reina del cielo y de la tierra; ven, le dice

su divino Hijo; ven, Madre mía delectísimma, que voy á coronarte con corona de sabiduría, para que todo lo mires, y todo lo entiendas, y todo lo conozcas, y así te coronaré como Madre y abogada de todos los hombres; ven, ¡oh Esposa mía castísimal le dice el Espíritu Santo: yo impondré sobre tu cabeza una corona de amor y de bondad, para que todos tus hijos puedan saludarte cada día por todo el universo, llamándote Reina y Madre de misericordia.» Y así, nuestra muy amada Madre, recibió tres aureolas, como Virgen, Madre y Doctora; y tres coronas, de poder, de sabiduría y de bondad; y además de este, las tres diademas correspondientes á los tres estados en que vivió, llenándolos de santidad: el de doncella, en el templo; el de casada, en Nazareth, y el de viuda, en Jerusalén. Todo esto es muy digno de meditar en el último misterio del sacratísimo Rosario, y lo de su coronación puede verse ampliamente en muchos libros, y en particular en la última Conferencia del Padre D'Argentan, que en diez preciosos artícu-

los explica lo relativo á la coronación de nuestra Señora.

VERSO 9.

*Heriste mi corazón, hermana mía, Esposa;
heriste mi corazón con uno de tus ojos,
y con un cabello de tu cuello.*

Mucho han dicho los Padres y doctores acerca de esta herida, tomándola naturalmente en sentido místico, como un efecto de la contemplación, que haciendo lanzar el alma ardorosísimos afectos, viene á traspasar como con agudas saetas al Corazón de Jesucristo, y el Señor á su vez suele inspirarle un amor tan encendido, que les traspasa el corazón hiriéndolas dulcemente, como á Santa Teresa, con un dardo ardiente y agudísimo, que manejado por un serafín, parecía al salir sacarle las entrañas. Y aunque es operación del amor, pero al mismo tiempo causa un dolor tan intenso, que ocasionará la muerte si Dios no acudiese á

socorrer al alma, como puede verse en el relato que hace la santa de este admirable favor.

Parece iududable que este verso habla de la herida de la lanza que abrió el sagrado Costado, como dice el Evangelio, y que como se sabe por diversas revelaciones, traspasó también el dulcísimo Corazón de Jesús. Y no se diga que esta herida fué hecha alevosamente y no por su Esposa y hermana, como dice en este verso, sino por un soldado desalmado; pues así como la crucifixión se atribuye á los hombres pecadores, aunque haya sido por mano de los soldados romanos, así la herida del corazón se atribuye al alma, porque por su amor fué recibida y aceptada. San Bernardo ha escrito una prosa ó himno hermosísimo al Corazón de Jesús, y en ella habla suavemente de su herida. «Salve, le dice, blanda abertura, nacarada cual rosa, de todos nuestros males salubre medicina.» Y aunque ya se había indicado en un verso precedente bajo la figura de la caverna del cercado; pero esto podía entenderse sólo de la ancha abertura del Costado del Señor,

y en el verso presente se declara más la herida íntima del sacratísimo Corazón.

Mas veamos cuáles son respecto de la Virgen santísima las dos heridas que aquí se mencionan. Comencemos por excluir la herida que le hizo el pecado, la cual de ningún modo puede entenderse de nuestra Inmaculada Madre. Mas excluída toda culpa, siempre la amable Reina le hirió en el corazón con dos heridas: la una de amor, y la otra de dolor. Con el ojo de su recta intención, ó con el ojo medio bajo de su profunda humildad y de su purísima virginidad, como con un cabello con que le ata, hirióle en el misterio de la Encarnación, pues sus palabras fueron entonces como agudas saetas con que el Verbo divino, dulcemente herido, vino á caer en sus entrañas; é hirióle con herida de dolor, cuando le fué anunciada aquella espada que traspasaría su alma; pues ¿quién podrá dudar que el Corazón del Niño Dios, tan tierno y compasivo, no haya sido herido de dolor al contemplar el dolor intensísimo que desde ese instante comenzó á martirizar á su Madre muy amada? Así,

con el ojo de su aceptación entera, y con el cabello de su perfecta obediencia, hirió en esta vez dolorosamente el Corazón de su Amado, y así le dice: «Oh tú mi Esposa por tu unión conmigo, mi hermana por la humana naturaleza, heriste mi corazón con dardo de amor con tu respuesta al Angel, y le heriste con dardo de dolor aceptando tu papel de dolores en la Redención del mundo».

Para la inteligencia literal, es de saber, que las mujeres en Oriente se cubren con un velo la mitad de la cara, por lo cual solo dejan ver un ojo, y envuelven una trenza ó tejido de sus cabellos por delante en el cuello; y por eso el Esposo, que de ese modo la contempla, se dice herido con uno de los ojos de su amada y por un cabello, ó como dice el hebreo, por una trenza de su cuello. Mas ya vemos que todo esto se entiende en el sentido místico.

Al pie de la cruz, Jesús dice de nuevo á su santísima Madre: «Heriste mi corazón, hermana y Esposa mía; pues le hirió tanto con la flecha aguda de su amor ardentísimo, como con la lanza de

su amarguísimo dolor, pues uno de los dolores más sensibles del Corazón de Jesucristo en la cruz, fué sin duda alguna el martirio de su amantísima Madre.» Y es de notar, que ahora la llama hermana y Esposa, pero calla y omite el nombre de Madre, porque lo dejaba para el discípulo y para todos los demás hombres, cuando dijo á San Juan: «He allí á tu Madre.» Y con esta palabra también á Ella le hería el corazón, por lo cual en algún otro verso, la oiremos también quejarse de haber sido herida».

En el reverso de la Medalla milagrosa mandó poner la Virgen santísima, sobre la primera letra de su nombre, levantada una cruz, como si dijera: «La cruz es de María y María es de la cruz; y debajo los Corazones de Jesús y de María, el uno coronado de espinas y el otro clavado con una daga, para que los juntásemos en nuestro amor y en nuestras preces, como heridos ambos, y ambos sangrando por amor nuestro. «Esa insignia traeis en vuestras medallas, felices. Hijas de María Inmaculada: comprended esos signos benditos y no separéis de

vuestro corazón esos dos santísimos Corazones, tan unidos en el amor y en el dolor!»

VERSO IO.

*¡Qué hermosos son tus pechos,
hermana mía, Esposa! Más hermosos
son tus pechos que el vino, y el olor
de tus unguentos sobre todos los aromas.*

VERSO II.

*Panal destilando son tus labios,
¡oh Esposa! miel y leche debajo
de tu lengua; el olor de tus vestidos como
el olor del incienso.*

En el primero de estos versos se da una alabanza á la Esposa, en todo semejante á la que Ella da á su Esposo en el primer verso del Cántico, el cual hemos explicado copiosamente. Si allá es el amor de Jesucristo superior á todas las

délicas de la tierra, acá es el amor á la Virgen santísima más delectable que todas las vanidades del siglo. Y aquí se dice dos veces la alabanza de los pechos de la Esposa, porque por ellos se indica su fecundidad; y como ella es Madre de Dios y Madre de los hombres, por eso se duplica la alabanza de su seno virginal; y por eso deberíamos los hombres sin cesar alabarla, diciéndole con el más hermoso himno que la Iglesia le canta: «*Mostra te esse Matrem.*» Muestra que eres Madre; mas ¿por qué no dice, Madre de quién, ó de Dios ó de los hombres? Precisamente no lo dice, para que entendamos que es Madre de uno y de otros; muestra que eres Madre de todos y para todos: Madre de Dios y Madre de los hombres; y pues Dios es el Creador también de los ángeles y del mundo entero, es como Padre y más que Padre; por consiguiente, María, siendo su Madre, viene á ser también como la Madre de los ángeles y del mundo y de todas las criaturas: «*Monstra te esse Matrem.*» Muestra, Señora, que eres Madre, la Madre universal, la Madre del cielo y de la tie-

rra, la Madre del ángel y del hombre, la Madre del Criador y de todo lo creado; y por eso el Esposo alaba su seno maternal sobre todos los unguentos y prerrogativas de las cosas criadas, pues estas son para ella apenas como los adornos de su vestidura.

Del seno de la Esposa pasa á ensalzar su lengua, y para esto la compara con un panal de abejas, cuando ya muy colmado deja brotar el néctar de sus alveolos. Esta es una comparación de que, aun los poetas profanos, hacían uso para significar la dulzura, la suavidad, la discreción y la gracia de las palabras de alguna persona. Y la misma significación tiene en este verso, que quiere decir: tus labios son como panal que destila, esto es, dulcísimo es tu hablar; de suerte que todas las palabras que salen de tus labios, son como otras tantas gotas de miel que corren de ellos, como si las abejas hubiesen fabricado un dulcísimo panal dentro de tu boca. Y en verdad, nuestra muy amada Madre nunca habló sino palabras suaves y llenas de dulzura, lo que hace decir á San Bernardo: «Recorred

el Evangelio, y si encontráis una sola palabra dura ó amarga, salida de la boca de la Virgen María, me contento con que en lo de adelante la tengáis por sospechosa: «*De coetero suspectam habeas.*» Pero no, no haya temor ninguno de esto, pues su lengua tenía debajo miel y leche, y sus labios son como panal del que brota la miel. La miel es la dulzura, la leche es la suavidad, y ambas están bajo la lengua, porque están en el alma de nuestra Señora. Sabido es que lo que está en el corazón sale á la lengua; y por eso, estando en su corazón la suavidad y la dulzura, no puede salir de su boca sino miel regalada.

Y el olor de tus unguentos como el olor del incienso. «Las vestiduras de tus exteriores virtudes, dice el Niseno, respiran el olor del incienso, porque el incienso se quema en honor de la divinidad, y todas tus obras á Dios fueron consagradas.» Así, la miel y leche debajo de la lengua, son los pensamientos y deseos del corazón de María, todos suaves y todas cándidos; el panal que de sus labios destila, son sus palabras discretas,

dulces y prudentes; y sus vestidos, oliendo á incienso, son sus acciones exteriores saliendo de un corazón encendido y elevándose á Dios por la recta intención. Aquí se alaban, pues, los pensamientos y palabras y obras de Nuestra Señora y Reina y Madre. Mas para que se vea la profundidad de la santa Escritura, veamos la inteligencia que expone un antiguo doctor (Hugo Victorino): «Dos cosas hay en el panal: la miel y la cera; y aquí en el panal virginal, esto es, en el Verbo hecho carne, la miel es la divinidad y la cera la humanidad. Miel y leche debajo de tu lengua, el Verbo es debajo de tu carne; mas se dice que está bajo la lengua, porque es Verbo (palabra). Miel y leche es Dios y Hombre: la miel viene del rocío del cielo, porque del cielo viene la divinidad; la leche se extrae de la carne, porque la humanidad en la carne virginal se formó. Y el olor de tus unguentos sobre todos los aromas, porque tu excelsitud vence toda gracia y tu dignidad supera toda perfección, pues el Espíritu Santo descansó en tu humildad y en tu virginidad: cumplió un

milagro incomparable.» Da á entender aquí el piadoso doctor, que la Virgen santísima recibió en sus labios el ósculo del Padre; en la lengua, el panal del Hijo, y en los unguentos de su vestidura al Espíritu Santo con sus dones. En el primer verso del primer capítulo, explicábamos cómo al pedir la Esposa el ósculo del Señor, quería decir: «Bésame el Padre; con el ósculo, que es el Espíritu Santo; de su boca, que es el Verbo»; y así pedía á toda la Beatísima Trinidad; y he aquí que ahora mira colmados sus deseos, pues la miel del Padre ha formado al Hijo hecho Hombre, como panal que destila toda gracia; y el Espíritu Santo ha derramado en Ella con profusión sus divinos dones. Hermoso, tierno y profundo á la vez, es este verso del divino Cantar!

El nos hace prorrumpir en esta salutación gloriosa: ¡¡Dios te salve, amantísima Hija de Dios Padre; Dios te salve, santísima Madre de Dios Hijo; Dios te salve, castísima Esposa de Dios Espíritu Santo; Templo y sagrario de la Beatísima Trinidad, Dios te salve!!

VERSO 12.

*Huerto cerrado eres,
hermana mía, Esposa; huerto cerrado
y fuente sellada.*

Tenía el Rey Salomón, entre todas sus grandezas, un huerto hermosísimo, cerca de Jerusalén, plantado de árboles, arbustos y flores exquisitas y preciosas, admirable en el orden en que estaba dispuesto, y en el cual había plantas puestas por las mismas manos del Rey. Este huerto permanecía cerrado, y sólo el Soberano y la corte tenían entrada en él. Era maravilloso, como todas las obras de aquel sapientísimo monarca. Tenía también, entre otras, dentro del mismo huerto, la preciosa fuente llamada de Rogél, de dulces y cristalinas aguas, de la cual bebían el Rey y la real familia, la cual estaba cubierta para conservarse limpia, y aún sellada para que sus aguas no fuesen profanadas. Pues precisamente á este hermosísimo huerto y

á esta cristalina fuente, hace alusión aquí Salomón, cuando dice á su esposa: «Huerto cerrado eres, hermana mía, huerto cerrado y fuente sellada.» Es, pues, de notar, que en un jardín hay goces para todos los sentidos: deléitanse los ojos con el verdor de las plantas; los oídos se complacen con el canto de las aves; goza el olfato del aroma de las flores; tocan las manos la suavidad de los frutos, y el gusto saborea las manzanas y los higos, las naranjas y los plátanos y los globos de miel de las viñas. Así, sabemos que el paraíso terrenal era un jardín delicioso, en el cual se hallaba el árbol de la vida, y en medio de él una fuente que se derramaba en cuatro ríos para regar toda la tierra. Nadie ignora que la santísima Virgen se compara muchas veces con este paraíso, que llena de deleite al mismo Dios, en cuyo seno nació el verdadero Arbol de la vida y la fuente de la gracia, de cuya plenitud recibimos todos; de suerte que Ella es el huerto cerrado y la fuente sellada; y aun en remotos tiempos, en sus Letanías Lauretanas, se invocaba con estos dos títu-

los, aunque después se omitieron por no hacerlas demasiado largas. Nuestra amada Madre fué, pues, huerto cerrado, dice su devotísimo siervo San Juan Damasceno, porque en este paraíso nunca tuvo entrada la serpiente, porque no halló ni la más leve abertura por donde introducirse; fué huerto, porque en ella nació el Arbol de vida; fué fuente, porque en ella brotó Aquel cuyas aguas saltan hasta la vida eterna; pero fué huerto cerrado y fuente sellada, por su perpetua virginidad. Así, dice el piadoso Sofronio: «De tal manera nació Jesús de la Virgen María, que la puerta, como dice el profeta Ezequiel, permaneciese del todo cerrada»; y por eso se canta de ella en los Cánticos: «Huerto cerrado, fuente sellada: tus frutos son el paraíso.» Y verdaderamente Ella es un huerto de delicias, en el cual están plantadas todo género de flores y olores de las virtudes; y tan cerrado, que no puede ser profanado por ninguna acechanza: fuente es sellada con el sello de toda la Trinidad, de cuya fuente, que es Cristo, manan las aguas de vida, y en cuya luz

todos veremos la luz, como dice San Juan.

San Ambrosio dice que, á imitación de la Virgen María, cada virgen cristiana (y mucho más sus muy amadas Hijas), debe ser un huerto inaccesible á los ladrones, cerrado con la guarda de los ojos y oídos, y con el silencio y el retiro. Y en este huerto huelen las viñas, verdeguean las olivas, sonríen las rosas; porque en la viña muestra su piedad; en la oliva, la paz de su corazón; y en la rosa, el pudor de la santa virginidad. ¡Levántate, oh doncellal y cierra tu huerto si quieres que respire estos aromas: guarda tus frutos, no dejes que te circunden las espigas; que nadie toque el cercado de tu pudor para que florezcan tus uvas. Fuente eres sellada: que ninguno turbe tus aguas; que nadie empañe tus cristales; para que allí, como en un espejo, mires siempre tu semblante. San Jerónimo exhorta á la Virgen Eustoquio, en una carta que le escribió sobre la virginidad, á que no salga de casa sin precisión, citándole el ejemplo de Dina, que por salir á pasear, fue ro-

bada, y sus hermanos la vengaron con
cruel y sangrienta matanza.

VERSO 13.

*Tus renuevos son vergel
de granadas con frutos de los manzanos.
Cipros con nardo.*

VERSO 14.

*Nardo y azafrán, caña aromática
y cinamomo, con todos los árboles
del Libano; mirra y áloe con todos los
primeros perfumes.*

Como había llamado huerto á la Es-
posa, ahora dice algo de lo que el huer-
to encierra, y va nombrando, primera-
mente, los frutos: granadas y manzanas,
ó frutas excelentes, como dice al hebreo;
luego nombra los arbustos aromáticos
en siete especies, que son el cipro, el

nardo y el azafrán, la caña aromática y
el cinamomo, y la mirra con el áloe.
A todo esto llama las producciones del
huerto cerrado, por lo cual entendemos
que son las virtudes de la Virgen María,
significada en las frutas y las plantas.
En la santa Iglesia, advierten los docto-
res, que las producciones son los Após-
toles; las granadas rojas los mártires
que derramaron su sangre; las manza-
nas las santas vírgenes; y también los
renuevos son los santos deseos, las man-
zanas, el pudor y la pureza; y las grana-
das la caridad para con Dios y con el
prójimo. Claro está que todas estas vir-
tudes se encuentran con mayor sublimi-
dad y hermosura en el jardín cerrado
del corazón de nuestra muy amada Ma-
dre. En cuanto á las plantas aromáticas,
explica un doctor, que las tres primeras,
el cipro, el nardo y azafrán, simbolizan
la fe, esperanza y caridad; el cipro es un
arbusto de blancas flores que cuelgan
como racimos; el nardo, olorosísimo, tie-
ne virtudes medicinales; el azafrán, que
tiñe de color de oro, indica el oro de la
caridad, como el nardo, la medicina de

los males, que es la esperanza; y el blanco cipro, la candidez de la fe. La caña aromática, recta como un cetro ó vara, denota la justicia; el cinamomo, cálido y sabroso, y que dá sabor á los manjares, significa la sabiduría y la prudencia; la mirra, contraria á la corrupción, indica la fortaleza; y el áloe, que expele los malos humores, representa la templanza; y todas estas virtudes, las tres teologales y las cuatro cardinales, se producen, y crecen y se perfeccionan en el alma virginal de María santísima, esparciendo su aroma por todo el universo. Mas también admirablemente predicán estas plantas el reinado de nuestra Señora; en ella hay el cipro, que representa á los patriarcas, y el nardo, que representa la esperanza de los profetas; y así, María, es Reina de los patriarcas y Reina de los profetas; el azafrán denota la caridad de los Apóstoles; la caña ó cálamo, la espada que inmoló á los mártires; y en María se hallan, porque es la Reina de los Apóstoles y la Reina de los Mártires. El aroma del nardo es el buen ejemplo de los confesores; la acritud y olor del

cinamomo, es la castidad y pureza de las vírgenes, y la incorrupción de la mirra, es la bienaventuranza de todos los santos; y son plantas del mismo huerto, porque María es Reina de los confesores, y Reina de las vírgenes, y Reina de todos los santos.

Termina el verso diciendo: «con todos los primeros perfumes», así como antes dice: «con todos los árboles del Líbano.» Esto quiere decir, con todas las demás virtudes que en particular no se indican, y con las principales gracias y dones del Espíritu Santo.

También los árboles del Líbano, por su eminencia y grandeza, pueden significar los ángeles del cielo, para que no le falte á nuestra Madre el glorioso título de Reina de los Angeles; y los primeros unguentos son sus grandes misericordias. Así podremos saludarla, y saludémosla, diciendo: ¡Dios te salve, Reina y Madre de misericordia! ¡Reina de los Angeles y Madre de los hombres, Dios te salve!!